

*San Roque González de Santa Cruz*¹

Virginia Carreño *

Nacido hace cuatro siglos, es una figura fundamental de la cultura rioplatense. Martirizado junto con los jesuitas españoles Juan del Castillo y Alonso Rodríguez en 1628, ha sido canonizado junto con ellos en 1988; son los Santos Mártires del Caaró.

Cuando el dramaturgo inglés Robert Bolt, autor de una célebre pieza sobre Santo Tomás Moro, emprendió el guión para el primer film importante sobre las misiones jesuíticas -*The Mission*- incorporó en una de las primeras escenas la de la destrucción de una flauta por un indio que se resiste a la entrada de los misioneros y expresa su rechazo quebrándola.

Ese episodio está basado en un hecho real, pero no del siglo XVIII sino del XVII; en efecto los jesuitas de Asunción pasaron al Chaco llevando sus instrumentos, pero los indios, lejos de quebrarlos, se rindieron en cuanto oyeron la música que de ellos emanaba. Por la música -por la ilusión de hacerla ellos mismos- se rindieron y aceptaron los trabajos necesarios para construir y sostener ese primer pueblo de 1609.

Los críticos del film (rodado en el espléndido marco de las cataratas del Iguazú) dudaron de la autenticidad histórica de la música sinfónica que acompañaba las imágenes de los indígenas, aduciendo que nunca podían haber alcanzado tales cumbres sonoras individuos apenas arrancados al canibalismo y la barbarie. Sin embargo, recientes investigaciones sobre la música en estos pueblo y el descubrimiento de partituras en los archivos de Sucre, han revelado que los indios fueron capaces de orquestas y coros de centenares de instrumentos y de voces, claro que bajo la dirección de padres tan capaces en la composición y en la dirección como en el montaje de talleres de instrumentos. El error fundamental en el film -por otra parte espléndido- consiste en haber mezclado episodios del siglo XVII con situaciones sólo alcanzadas a mediados del XVIII, poco antes de la expulsión en 1767, porque las culturas no se logran en un día ni en cien. Siglo y medio trabajaron los jesuitas organizando el Reino de Dios sobre la Tierra, casi tanto como llevan nuestras repúblicas, y si el resultado fue prodigioso, no lo fue por un proceso acelerado sino por la paciente aplicación de sisemas

1. *Revista del V Centenario del Descubrimiento y de la Evangelización de América*, N° 2, 1993.

* Directora de la cátedra extracurricular "Mobiliarios y costumbres en la circunstancia americana" de la U. S.

educativos, elaborados a partir del cotidiano estudio psicológico de seres silvestres.

Alcanzada la cumbre de su organización teocrática en ese vastísimo territorio de las misiones en el Paraguay, el Brasil, el Alto Perú, y manifestándose con esplendor en templos, pueblos estancieros y universidades, se acusó a los jesuitas de esclavizar a los indígenas obligándoles a trabajar sin otro fin que satisfacer sus propias ansias de ciencia, boato, poder y lujo. Se produjo entonces una ola de repudio y suponiendo a la Compañía de Jesús inmensamente rica y ambiciosa, se logró influir sobre los reyes para que se incautaran de esos tesoros y destruyeran ese poder. Pero los tesoros eran de arte sacro y muy pronto en manos civiles, se esfumaron en tanto que el poder espiritual dejó de sostener las estructuras mismas de la autoridad española que se vio confrontada con pueblos levantiscos y rebeldes que muy pronto se independizaron. Lamentablemente, y esto nunca se destaca, en el ínterin -en esos treinta o cuarenta años que median entre el fin de la acción jesuítica en América y el inicio de las guerras de independencia, se perdieron los secretos del sistema denostados por un fuerte anticlericalismo) que sólo ahora, tras de casi dos siglos de malentendidos, se vuelve a examinar con los documentos a la vista y las conclusiones están resultando de extraordinaria relevancia para los momentos coyunturales que estamos viviendo.

Un personaje fundamental de este proceso es Roque González de Santa Cruz, canonizado por el Papa hace cuatro años junto con sus dos compañeros de martirio: Juan del Castillo y Alonso Rodríguez, venerados desde 1934 como los Beatos Mártires y hoy Santos Mártires del Caaró. (El proceso para su canonización se inició en 1628, en el mismo año de su muerte, pero sólo ha culminado en 1988 durante la visita del Santo Padre al Paraguay).

Roque es fundamental porque está en la inserción misma del sistema al que nos atrevemos a calificar de una teología de la belleza puesto que respondería a un sorprendente instinto de armonía en seres absolutamente silvestres y que no actuaron por imitación pues estaban aislados.

Este gran santo criollo nace en Asunción en 1576, hijo del escribano Bartolomé González y de doña María de Santa Cruz.

Bartolomé González ha venido a Indias en la expedición de Pedro de Mendoza y ha vuelto con el Adelantado Cabeza de Vaca para ocupar posiciones de gran prestigio, como la de administrar la caballada del Fuerte, principal defensa contra las tribus hostiles. Tendrá nueve hijos: siete varones y dos mujeres. El mayor, Francisco será teniente de gobernador, en ausencia de Hernandarias, y se enfrentará con Roque, ya misionero, cuando este defienda a sus indios para salvados de la Encomienda, impuesta por la autoridad civil. Este enfrentamiento dentro de una misma familia española de Indias es simbólico de la situación permanente dentro del área de la evangelización puesto

que si bien las reducciones son respaldadas por la Corona, como fortificación de sus territorios contra el avance portugués, la escasez de mano de obra, agravada por las pestes, y la urgente necesidad de ella, harán que durante siglo y medio compitan los dos sistemas de colonización.

La infancia de Roque transcurre en medio de continuos alborotos dentro del pequeño grupo fundador en el que su padre juega un gran papel. Según Lafuente Machain, es de los vecinos que deponen a Alvar Núñez Cabeza de Vaca y le devuelven engrillado a España. Don Bartolomé es, como todos los fundadores, un empresario múltiple: encomendero, viñatero, bodeguero, vecino ilustre, poblador.

Irala, el jefe de Asunción, se desenvuelve como puede entre sus oficiales rebeldes a los que hace frente con los caciques que le responden, puesto que ha casado con las hijas de varios de esos. (Vive, se dice en España, como en el reino de Mahoma). Construye una catedral de madera, en la que entroniza a la talla de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, venida en la armada de Mendoza y milagrosamente salvada. Esta es, según Lafuente Machain, una escultura de madera que pronto será recubierta de mantos y ofrendas por el fervor de los asunceños, constituyendo todo esto un tesoro que se cuida en el solar de Garay, primera casa noble, la que sobrevivirá hasta el siglo XX.

Participa Roque de las correrías y aventuras entre los indios pero tiene, sin embargo, una fuerte inclinación espiritual que le mueve, a los catorce años, a encabezar una excursión con otros chicos a la selva en busca de una revelación mística, con gran pavor de las familias puesto que Asunción está constantemente amenazada por los guaycurúes que se niegan a la pacificación y cruzan desde el chaco para robar, incluso gente (una hermana de Hernandarias). Enemigos de los españoles, tienen, sin embargo, orgullo en criar niños blancos dentro de su tribu. La inseguridad de Asunción se agrava con las epidemias.

Por ese tiempo llegan los primeros jesuitas, a instancias del Obispo Victoria. Característicamente son de orígenes distintos: un irlandés, un catalán, un portugués. Como se trata de poblar el norte, dos de ellos pasan al Guayra, a cien leguas de distancia, Villa Rica y Ciudad Real, y sólo queda en Asunción el Padre Saloni, el catalán quien presumiblemente se ocupa de la formación de los hijos de los españoles quienes corren el riesgo de criarse tan salvajes como los indios y tan indisciplinados como los mestizos.

En 1590 estalla una epidemia de peste en todo el continente desde Cartagena hasta el Estrecho de Magallanes, brotando a la vez en todas partes. Los pocos padres deben atender miles de confesiones y administrar día y noche los sacramentos, aparte de cuidar enfermos, y esa experiencia que dura ocho meses ha de marcar a Roque preparándole para cuando a él, como sacerdote, toque asistir a la grey. Ya es la época de su despertar místico.

Llega al Paraguay un primer superior de jesuitas, el P. Romero y con él un extraordinario P. Marciel Lorenzana a quien se atribuye la formación superior de Roque. Aunque éste nunca saldrá de Asunción para realizar estudios teológicos, domina el latín y escribe correctamente.

En 1596, con su ya manifiesto dinamismo, inauguran los jesuitas una escuela y colegio de la Compañía y, para celebrarlo, estrenan un drama sacro que dura dos horas y media. Pero, ni su acción en el Guayrá ni sus obras en Asunción justifican, a juicio de sus autoridades en el Tucumán, que continúe esa misión española en el Paraguay, y se les ordena a todos retirarse hacia Córdoba para ceder la obra a los misioneros del Brasil. Providencialmente el padre irlandés Thomas Fields está ya demasiado achacoso para hacer el viaje de trescientas leguas y se le permite quedarse a cargo de iglesia y casa, conservándose así la misión para los españoles.

Entretanto Roque trabaja, como su padre, en la agricultura y es dueño de una gran chacra en Tacumbí, pero ocurre algo que hará culminar en él su gran vocación. Es la visita al Paraguay del obispo Trejo y Sanabria con una expedición que abre el camino entre Córdoba del Tucumán y Asunción del Paraguay. El ilustre prelado, fundador de la educación superior en Córdoba, es medio hermano de Hernandarias, a la sazón gobernador, primer español nacido en Indias en acceder a tal cargo en todo el continente, y le espera, bajo los verdes arcos triunfales a la puerta de la ciudad, María Sanabria, la madre de ambos, que vive todavía.

El propio obispo ordena a Roque González, quien ya maduro, pues tiene 24 años, encara una gran acción con los indios cuyos sufrimientos le conmueven.

Parte pues al Maracayú, donde se hace la cosecha del caá, arbusto de la yerba mate que sólo crece silvestre, zafra de gran riesgo, entre espinas venenosas, callos infernales, fieras y alimañas.

Su familia no tolera esa situación y maniobra para trasladarlo a la catedral. Allí enseña el catecismo, firma recibos por misas, administra los sacramentos, todo con gran aplauso vecinal pero poca satisfacción para sí.

Sus amigos los jesuitas, incluyendo a Lorenzana, han sido retirados y sólo permanece el viejito Fields, pero cuando la Iglesia resuelve convocar a un Sínodo en Asunción para resolver la forma que ha de asumir la evangelización (a cargo de unos pocos misioneros dentro de una masa indígena dispersa), es en la iglesia de la Compañía donde se reúnen los prelados para los santos oficios y en la casa de los jesuitas donde llevan a cabo las reuniones particulares (todo esto tan modernamente ¡hace cuatrocientos años!) y de estas oraciones e intercambios surgen directivas que habrán de cambiar los rasgos mismos de la cultura colonial. Por de pronto, se admite la prédica en el idioma de los indios, petición que les fuera negada a los apóstoles del Asia, con lo cual

habrá una cosecha de catecismos traducidos y adaptados y una valorización de los misioneros que dominen los idiomas locales.

En 1605 cambia la actitud de la Compañía con respecto a Asunción y resuelve crear su Provincia del Paraguay con un extraordinario padre Diego de Torres como provincial acompañado por otro notable, el padre Ruiz de Montoya, otro héroe fundacional.

Cuatro años después, ante la amenaza de ser nombrado en una alta jerarquía eclesiástica, Roque solicita ser admitido como misionero en la Compañía de Jesús, a pesar de su escasa formación teológica, y es admitido, excepcionalmente, confiándosele la más difícil de las misiones: pasar con el P. Grifi al Chaco de los guaycurúes para aprender el lenguaje de aquellos bárbaros y tratar de conquistar la paz.

En ese momento, Roque cede a la Compañía su chacra en Tacumbí con unas quince mil cepas y se prepara para aprender el oficio de misionero según los preceptos de Ignacio de Loyola. Y siendo el P. Grifi italiano y muy músico, llevan consigo instrumentos. He ahí el hecho que Robert Bolt recoge para su film. Mas la verdad histórica es diferente.

Caen los dos jesuitas en una emboscada de los guaycurúes, que logran aislarlos y apresarlos. Van a ser muertos, cuando divisan los indios la flauta que yace a los pies de Grifi y a la que seguramente ya escucharon. Quieren oír más, y absortos se rinden, a condición de poder hacer música ellos también.

Así entra la música de Dios en el Chaco reemplazando los perpetuos tambores de la guerra, y el canto y el rito acompañan los trabajos de esos indios a quienes hasta entonces, se consideraba solamente satánicos destructores.

La conquista llegará a su culminación cuando, en ocasión de la visita del gobernador Marín Negrón al Paraguay (para dirimir diferencias entre las órdenes religiosas y los encomenderos), salgan a recibirlo sobre el río, balsas indígenas ornamentadas con plumas y colores sobre una de las cuales vienen dos jesuitas acompañando a un niño, hijo del cacique principal, Martín Guaycurú, para ofrecer en su nombre rendimiento y obediencia al rey.

Estas tratativas no llegan a buen fin pues en 1612, al promulgarse las ordenanzas de Alfaro, que liberan parcialmente a los indios, se levanta un clamor de los vecinos en contra de los jesuitas a quienes consideran responsables, y los padres deben esconderse, refugiándose en una quinta que tienen en las afueras, quedando nuevamente solo, a cargo de la iglesia, el P. Fields con dos hermanos para la enseñanza.

Entretanto vuelve a declararse la peste en la región. El P. Grifi enferma y debe volver al fuerte. Roque, desesperado ante el abandono de sus catecúmenos va y viene a través del río, atendiendo heroicamente enfermos y moribundos por miles, tratando de salvar la misión en el Chaco, la única que conquistó la amistad con los caciques. Logrará hacerlo durar dos años.

Pese a que su propia inmunidad en medio de las viruelas es un milagro, en ese mismo período semi-chaqueño logra con los niños de Asunción una forma de teatro sacro que aplica a las procesiones de Corpus. Les hace encarnar diferentes fuerzas de la naturaleza: peces, flores, fieras, para significar el rendimiento del universo a Dios.

Desgraciadamente, por no poder cubrir tantas misiones con tan pocos padres, la Compañía resuelve levantar la del Chaco (que, tal como lo teme Roque, volverá a la barbarie) y acentuará su acción en el Este, donde la presión lusitana preocupa a Hernandarias, quien ofrece a la Compañía sostener las misiones para formar una barrera a lo largo de la siempre disputada frontera con Portugal, es decir, Brasil.

Aunque afligido por la pérdida de su primer pueblo, tan penosamente armado con sus propias manos, sin auxilio siquiera de bueyes, Roque obedece y en 1613 se encuentra en la provincia de Paraná dirigiendo con el P. Francisco del Valle un pueblo de más de 1.500 almas. De ellos dicen sus superiores: "Son hombres de muy buena suficiencia, virtud, letras y lenguaje." Pero Roque no se consuela. "He quedado con muchos afligimientos de corazón, pero aunque sea muriendo... estoy resuelto a quedarme aquí, aunque muera mil muertes y pierda mil juicios." Nada le es fácil.

Para confortarlo en sus labores, su superior le envía una copia de la Inmaculada sabiendo cómo la veneraba en la catedral. La ha hecho pintar sobre tela, a semejanza de un estandarte, por uno de los primeros maestros de pintura en llegar a las misiones (probablemente el hermano Berger) y ésta le acompañará hasta el fin de sus días, adquiriendo para la Virgen el título de Nuestra Señora la Conquistadora y convirtiéndola, por el fervor que despierta a su paso y las muchas copias que de ella se hacen, en la imagen matriz del Gran Paraguay.

Según Ricardo Lafuente Machain, el modelo original, es decir la imagen de bulto, había pertenecido a la modesta nave de un tal Diego García, comerciante que había logrado plegarse a la armada de Mendoza pero moriría antes de completar el viaje habiendo legado su barco, con la carga, al Adelantado para que destinara lo que de ello hubiera a su viuda. Puesto que la Concepción llegó en muy mal estado, se le achicaron las velas y se la destinó a las exploraciones locales siendo por eso la primera en surcar las aguas del Delta y una de las pocas cargada de conquistadores casi periclitados de hambre que llegara a la confluencia del Paraguay y el Paraná antes de hundirse en el fango de la costa. Indios paranaenses ayudaron a salvar las cargas y fue sí como la imagen patrona de la nave fue entronizada en el primer oratorio que se levantó en el fuerte. Debió de ser una representación de la Inmaculada según el Apocalipsis, con el manto esculpido en pliegues ovalados hasta llegar al zócalo tachonado de cabecitas de ángeles, con la Virgen apoyada sobre la luna y aplastando un dragón bajo sus pies.

Por supuesto que el fervor de los primeros asunceños no tardó en recubrir de lujos la austera talla y fue vestida y alhajada profusamente hasta cambiar de perfil y de carácter, como sucedería con casi todas las imágenes, incluso la de Luján, de la misma advocación, que pasaron del ovalado barroco a los picos chinescos de cierta modalidad rococó, a la triangulación final producida por los tiosos mantos de brocado o de plata repujada. (Tanto la talla original que se había conservado en el solar de Garay, como su tesoro desaparecerían durante la guerra del Paraguay en el siglo XIX).

La imagen pintada le llega a Roque González al fondo de la selva y la entroniza bajo palio de seda blanca, sostenida por cuatro indios vistiendo sayos cristianos, otra invención de los jesuitas, como casi toda la vestimenta que consideramos tradicional, incluso el chiripá y el poncho, que surgieron de la necesidad de adaptar los usos a la producción, en este caso de tejidos bastos de algodón.

Las dificultades con que se enfrentan estos fundadores son inimaginables. La primera es política. Se trata de atraer, convencer y reunir a los caciques para que se junten y no sólo para recibir dádivas a cambio de oraciones sino para vivir ordenadamente, trabajando para sostenerse.

Alguna vez transcurren años de soledad infructuosa antes de que se pueda armar un pueblo. Y el mismo orden no existe predeterminado sino que se va inventando de acuerdo a las reacciones de los neófitos. Pero muchos de ellos ya son apóstatas. Han tomado de la prédica primera principios que declaran propios, aplicándolos a su manera, para aumentar su poder. Son hechiceros disfrazados de pastores, protagonistas de una secular historia de cultos paralelos que se prolonga en toda la cuenca del Plata produciendo, hasta nuestros días, fetiches, brujería, magia negra.

En 1615, en el Colegio de Asunción, Roque González certifica los grandes servicios que ha prestado el capitán Francisco Vallejos a los franciscanos y los jesuitas, indefensos en esas inmensidades hostiles. Al año siguiente, el general de la compañía, Muzio Vitelleschi que sigue desde Roma los pasos de sus héroes en el Paraguay, indica que Roque puede ser recibido en el grado de Coadjutor Espiritual. Desde Santa Fe, el gobernador Hernandarias, siempre preocupado con los portugueses a lo largo de las fronteras, le escribe diciéndole que da gracias al Señor “porque lo que no hubieran podido las armas de los soldados, lo ha allanado y conquistado el Santo Evangelio”. Funcionan ya espléndidamente varios pueblos de indios leales y fuertes.

En Itapúa (germen de Posadas y de Villa Encarnación), reducción fundada por Roque, él hace la profesión de tres votos en 1619. Ya para entonces tiene montado un gran taller de pintura para los indios, que producen con singular entusiasmo imágenes mestizas llenas de vitalidad. Una extraña in-

quietud, sin embargo, le mueve a querer llevar sus conquistas más allá... como si la paz estuviera siempre alejada de lo ya logrado.

Más allá del río Uruguay se extiende un vasto territorio al que se describe como Los Tapes Orientales, suponiendo que en él pululan innumerables gentes y, por ende, existe un enorme caudal de almas por ganar para el Señor.

En 1620 Roque pasa al Uruguay e informa desde Iguapoa sobre las perspectivas para nuevas fundaciones que la autoridad española no ha encarado todavía, pese a la ventaja de asegurar los territorios del Este como parte del reino de España (que incluye, desde Gaboto y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, la isla de Santa Catalina).

La penetración en estos dominios de guerreros y hechiceros en continua guerra es particularmente ardua, pero Roque insiste en ella y su fama atraerá a misioneros jóvenes, como del Castillo y Rodríguez, que ven en él a una figura legendaria de la conquista espiritual.

Por fin en 1626 el gobernador del Río de la Plata, Francisco de Céspedes, le invita a viajar a Buenos Aires para explicar el sentido de las nuevas misiones propuestas y concederle licencia para fundarlas, aunque animado ciertamente por el deseo de adjudicarse el mérito de la epopeya. Así en 1626 Roque emprende el más grande de sus viajes, colocándose por primera vez fuera de su ámbito natal y enfrentándose con los porteños a la vez que con la mayor autoridad española.

La historia y la leyenda han registrado paso a paso el extraño viaje del santo navegante, creador de pueblos, ritos, costumbres, formas de arte, en la inmensa región del Alto Paraná.

Ya a esa altura de su misión ha realizado tantos prodigios que resulta sobrenatural. Ha sobrevivido a las espantosas epidemias atendiendo a miles de enfermos, sin caer él mismo. Ha estado simultáneamente en el Chaco con los guaycurúes pacificados y en el Colegio de Asunción, ha enseñado el evangelio a niños españoles y creado un lenguaje teatral para los niños indios. Ha fundado y reconstruido pueblos, creándolos con sus propias manos como albañil, agricultor, jefe militar. Ha inventado un sistema de vivienda que, por primera vez, respeta la identidad del indio y le otorga un ámbito propio que, aún más reducido, le permite expresar sus propios fervores y defender las pertenencias de su familia. (Es el de las casitas familiares en tira, con salida a una galería común, que puede estudiarse aún en el pueblo de Luque, cercano a la ciudad de Asunción). Con esto ha logrado defender la monogamia. Ha introducido la música, la pintura, la ceremonia del más alto signo cristiano. Ha estudiado y relevado el territorio del Alto Paraná y de la Banda Oriental trasladándose de un punto a otro como si tuviese alas. Ha hechizado con su verbo y su mirada a multitudes hostiles.

Es evidente que los sufrimientos que aceptó para "mayor gloria de

Dios" fortalecieron su ingenio, el que, según los primeros informes confidenciales, sólo había sido mediocre al comenzar. Y este viaje por los ríos navegables entre Asunción y Buenos Aires constituye en 1626 un enorme riesgo pues están jalonados por tribus hostiles que cierran los pasos y amenazan abordar y destruir todas las canoas que se atrevan a entrar. Pero Roque lo emprende, con humildad, como si sólo lo hiciera por obediencia al gobernador, y se embarca con el cacique Ñeazá, elocuente jefe de una tribu de grandes navegantes.

En ese largo transcurso entre orillas amenazadoras, hallan caciques en guerra que intentan cortarles el paso o envolverlos en batallas locales, brujos cuyo poder se ha hecho más grande tras el contacto con los cristianos y ofrecen parodias de religión. Sorteando emboscadas, el ataque de tigres, tormentas, llevando siempre a proa, en la canoa capitana, el estandarte de La Conquistadora. (Esa es la imagen que perdurará por los siglos entre las gentes del Paraguay: San Roque con la Inmaculada saludando a los indios).

Cuando llegan a Buenos Aires, el gobernador Céspedes hace una enorme alharaca, disparando cañonazos y desfilando a sus soldados. Neazá es recibido en palacio como embajador de su pueblo, y entrega la declaración de obediencia al Rey, cuyos méritos el gobernador se atribuye.

Para Roque, la visita, que dura diez días, tiene otro sentido pues en ese momento la cuarta parte de la población española de esa ciudad pertenece a su propia familia... que le recibe con inmenso orgullo. Cuando vuelve, sin embargo, con el documento en que se confía a la Compañía de Jesús la evangelización del Uruguay, las dificultades se multiplican pues Céspedes, en lugar de dejar solos a los padres, como lo haría Hernandarias, insiste en enviarles tres funcionarios españoles de los cuales los indios desconfían siempre, e inevitablemente se producen incidentes tras de los cuales Roque apenas logra salvarles y las penurias y los ataques le resultan casi fatales. Así y todo logra fundar entre 1626 y 1628 varios pueblos, empezando por Concepción y Candelaria que serán el germen de los Estados brasileños de Paraná y Río Grande do Sul: "*La terra gaúcha*".

Las tribus de la Banda Oriental a la altura del Iguazú, por donde avanzan, resultan no ser tan numerosas como se suponía a causa del nombre "Tapes" que sólo significa "numerosos", pero son gentes de gran ingenuidad dominadas por hechiceros, quienes asumiendo extraordinarios disfraces, se dicen dioses con poderes sobre la naturaleza ("Si no me obedeces, te haré comer por los tigres"). Continuas guerras entre ellos producen, además de una gran mortandad que terminará con la población indígena, esclavos, prisioneros de caciques victoriosos, y esclavas que ingresan en su harén si escapan de ser comidas.

Roque González de Santa Cruz, jefe de la misión, con sus dos nuevos asis-

tentes, los jesuitas españoles Juan del Castillo y Alonso Rodríguez, egresados pocos años antes de Córdoba, se topan con uno de ellos: Ñezú.

Vayamos ahora a la relación que en su momento, año 1629, hace un protagonista de los hechos, el P. Pedro Romero, en carta a Hernandarias, gobernador (reproducida en la historia del P. Blanco). En su segundo párrafo se lee:

“El autor de esta revolución y traición fue un ministro de Satanás, cacique del Yiui. Ñezú, grandísimo hechicero, el cual por medio de sus embustes y hechizos y por el grande miedo que le tenían los indios, porque les decía que si no le obedecían o le daban lo que él quería o gustaba, haría que los comiesen los tigres, y decía más: que era verdadero dios criador de todas las cosas y que había de oscurecer el sol y la luna, causar hambres, pestes, etc. Con lo cual se juntaron de la otra parte del río liui, cuatrocientos indios en un muy lindo puesto, tres leguas de la reducción de Piratiní y otras tres de esta reducción de Candelaria. Aquí con gusto del maldito Ñezú y de los que estaban con él, entraron el santo Padre Roque y el santo Padre Juan del Castillo y podemos decir que entraron a fundar en reducción ya hecha; y con las cuñas que los santos Padres repartieron iban haciendo muy apriesa sus chacras y estaba aquella reducción casi tan corriente como una de las antiguas, y así al santo Padre Roque y a todos nos pareció que debía acudir a la gente del Caaró que tenía ya muy bien dispuesta y hablada y señalado puesto”.

Más adelante, en el tercer párrafo, continúa: “Estando las cosas en esta prosperidad y felices principios, el demonio viéndose echar de su antigua posesión determinó extirpar el santo Evangelio de todas estas provincias haciendo matar si pudiese a todos sus predicadores. Tomó pues por instrumento al cacique Ñazú, gran hechicero,... el cual por odio que tenía a la ley de Dios y a los Sacerdotes, por ser tan contrarios a su mal oficio y a su pretensión de ser adorado por Dios y a la multitud de mujeres que tenía, persuadió al cacique Caruperá, uno de los principales del Caaró, que matase al santo Padre Roque y a su compañero; y para que no dudase de hacerlo le dijo que matando a los santos Padres le avisasen luego para que él matase también al santo Padre Juan del Castillo que estaba en su tierra y que luego acudiesen a esta reducción de la Candelaria que los de ella les ayudarían a matarme a mí, como cosa hecha, y que él y su gente irían a dar sobre la reducción del Piratiní y matarían al Padre Alonso de Aragón y a su compañero, y que luego los de la Concepción matarían a sus Padres y así de los demás Padres del Uruguay y que hasta los paranás habrían de matar a los suyos y que no había de quedar con vida, con lo cual vivirían ellos a sus anchuras conforme al ser y costumbre de sus abuelos”.

“Con esa falsa seguridad y generalidad, el pobre de Caruperá y los suyos, como gente tan nueva y boba, le creyeron y así a los 15 de Noviembre habían estado allí, sin ningún recelo de la tracción que les tenía armada, porque aque-

lla misma mañana me escribió el santo Padre Roque un billete en que me decía que aquello iba todo lo que se podía desear y que por falta de cuñas no estaban ya allí reducidos más de quinientos indios: el día en que escribió y murió era miércoles. Acabado de despachar este billete, se puso a decir misa y dicha y dadas gracias, salió a levantar un palo que su compañero con más de doscientos indios había sacado aquella mañana del monte, con gran contento y algazara para campanario, y mientras un muchacho del Paraná que estaba con los Padres hacía los agujeros en el palo para ponerla, se bajó el santo Padre Roque a atar la cuerda de la lengüeta de la campanilla para tocarla y alegrar la gente. Pero los matadores viendo al santo tan seguro y con la disposición del cuerpo que ellos podían desear, dos indios con dos porras de piedra llamadas itaizá descargaron, a una dos, tan crueles golpes sobre la sagrada cabeza que se la abrieron y derribaron muerto haciéndole añicos la cara y cabeza con las porras. El santo Padre Alonso Rodríguez, que trataba de decir misa, salió al ruido, y dieron los enemigos tras de él dándole algunos golpes, pero viendo a su santo compañero muerto, se retiró a su choza y luego le dieron tantos golpes en la mollera con las porras de piedra que le derribaron muerto junto a la iglesia. Desnudaron a los santos de sus vestidos y al santo Padre Alonso le partieron por la cintura. Arrastraron los santos cuerpos buen trecho alrededor de la casa y metidos en la iglesia les pegaron fuego, y estando en el fuego habló dentro del pecho el corazón del santo Padre Roque, clara y distintamente, y les dijo en la lengua que él había venido a sus tierras por el bien de sus almas. Y añadió: “aunque me matéis no me matéis, mi alma va al Cielo y no tardará el castigo”. Esto lo han confesado los matadores... Bastaba este milagro para reducir a aquellos bárbaros, pero sus empedernidos corazones no dieron lugar a eso, antes movidos a mayor indignación dijeron, aún habla este embustero, y llegándose a él le abrieron el pecho y le sacaron el corazón y lo echaron en el fuego otra vez y también los santos cuerpos... el corazón milagrosamente no se quemó, antes quedó entero y bien, acaso sin faltarle nada entre las cenizas, atravesado con una flecha... No paró allí el odio y furor contra nuestra fue católica de aquellos bárbaros: una devotísima imagen de Nuestra Señora, que había sido la conquistadora de todas esas misiones, la hicieron pedazos con grande inhumanidad, el ara quebraron, al cáliz le quitaron el pie, al misal rasgaron y las hojas esparcieron por los campos, la santa cruz le derribaron e hicieron otros muchos desacatos”.

En el párrafo 4 narra: “Fueron a Ñezú de que habían cumplido su mandato matando a los Padres, el cual aquella noche se vistió de sus plumerías y dando grandes patadas y gritos y haciéndose dios, como solía, dijo a sus oyentes: he mandado a los tigres que maten a este Padre que está en nuestra tierra y no me obedecen en esto; id vosotros y matadle: vinieron a la mañana a cumplir este mandato y hallaron al Santo Padre Juan del Castillo rezando sus

horas y le preguntaron que decía el cuatí. El Santo Padre que era un ángel en todo y amaba a los indios tiernísimamente les respondió que nada decía, que rezaba. Echáronle mano y diéronle grandes bofetadas y dijéronle que le querían matar; él les dijo que si lo hacían por sus cosas, que las tomasen todas, que él se las daba, y que le tuviesen entre ellos por esclavo que él les serviría, pero dijéronle que no, sino que le habían de matar y que en matándole habían de ir a matar al Padre Alfonso de Aragón y a su compañero; díjoles entonces el santo Padre: pues llevadme allá y matadme juntamente con ellos; diciendo y haciendo le echaron en el suelo y maniatado le llevaron arrastrando tres cuartos de legua y más, de malísimo camino de cuestras y piedra y dos arroyos y cuando llegó a donde le quemaron, sino estaba muerto ya, le acabó de matar un indio esclavo de Ñezú con una porra de piedra.

En el párrafo 5 narra el P. Romero: “Partieron cosa de cincuenta indios de los mismos de Ñezú con orden suya de matar a los Padres del Piratíní y sábado a las ocho del día llegaron de tropel muy cerca de la casa de los Padres, los cuales y la gente estaban bien descuidados de la tal maldad: la gente estaba en sus chacras y los Padres apenas tuvieron lugar de recogerse al monte que estaba junto a la casa con un muchachuelo que les daba priesa a que se metiesen en el monte. Llegaron los bellacos y entraron fácilmente en la casa de los Padres y tomando tizones encendidos de la cocina los arrojaban sobre el techo de la iglesia, que es de paja y bien seca y dispuesta con grandes soles y seca, que habían precedido, más los tizones ardiendo discurrían por la paja sin quemar una tan sola, que es un gran milagro; y no contento con esto los papeles del Santo Padre Juan del Castillo, que por gala y escarnio traían en las cabezas y frentes, quitándoselos los encendían y aplicaban a los alares de la paja de la iglesia más la virtud divina impidió la suya al fuego. Los muchachos del pueblo de diez a dieciocho años salieron con sus arcos y flechas a la defensa de los Padres, de su casa e iglesia y embistieron con tal brío a los bellacos que luego allí mataron uno. Dábanles voces los bellacos diciéndoles: no venimos a haceros mal, sino sólo a matar los Padres; más los muchachos, animados y esforzados del celo de ley que habían recibido y del amor a sus Padres, los flecharon de suerte que los retiraron más de tres cuartos de legua y mataron diez y seis sin otros muchos que fueron heridos, y aunque lo quedaron algunos, fueron pocos y ninguno murió.

Continúa el párrafo 6: “El cacique Aruperá y la gente del Caaró, matadores de los santos Padres Roque González y su compañero, dilataron el dar sobre esta reducción para matarme hasta el día de la Presentación de Nuestra Señora que es a los veintinueve de noviembre, en el cual día a las nueve de la mañana dieron casi trescientos indios sobre nosotros y si Nuestro Señor no hubiera permitido que un indio que los vio, casi junto del pueblo, viniese dando voces y avisando del peligro y venida de los enemigos, me hubiese

muerto sin ninguna dificultad; pero con las voces salieron hasta ocho o diez muchachones con un fiscal viejo al encuentro y Nuestro Señor les ayudó de suerte que no dejaron entrar del todo los enemigos en el pueblo; los cuales les decían que no venían por ellos sino por su abuelo (que así me llamaban por menosprecio). Yo en ese tiempo hice ensillar un caballo en que subí, y otro muchacho en otro y salí al encuentro a los enemigos que no habían acabado de pasar un arroyuelo que está delante del pueblo. Cosa maravillosa que en viéndome a caballo pararon todos como si vieran un ejército de mil hombres y con esto los mancebos y gente que iba acudiendo de sus rozas les flecharon algunos y de ellos quedaron muertos cuatro y les hicieron retirar a todo de la otra parte del arroyo y allí comenzaron a llamar a grandes voces a algunos caciques de este pueblo de los cuales uno llamado Aguaraguaz se desarmó y dijo que quería ir a ver qué le querían los enemigos y así se metió entre ellos. Cercáronle todos y le dijeron que a lo que habían venido era a matar al Padre, que se lo ayudasen a matar ellos y que con eso se volverían y quedarían amigos y parientes como siempre. El cacique les desengañó que en ninguna manera lo habían de hacer porque los Padres no les habían dado ocasión ni merecían que los matasen y que así se volviesen a sus tierras y llevaran sus heridos y muertos, y que bastaba lo que habían hecho. Tomaron el consejo, supuesto que no podían alcanzar su intento.

Y finaliza el P. Romero: “¿Quién no echa de ver la protección que Nuestro Señor ha tenido de esta nueva cristiandad pues tal valor pone en los ánimos de los infieles ayer reducidos para defender los sacerdotes y tomar las armas contra sus mismos parientes y amigos? Que diré a V.S. de las finezas del amor y ánimo más que de cristianos antiguos poniendo sus vidas a riesgo por traer las santas reliquias de los santos mártires yendo cien indios armados al tercer día después de su muerte con tal determinación de traerlas que si fuera necesario habían de perder las vidas en la demanda. Trajéronlas aquí sábado a dieciocho del mismo mes de Noviembre con tanta reverencia, devoción y ternura como si supieran lo que traían con tantas lágrimas, gritos y sollozos de todos, así hombres como mujeres, grandes y chicos, como si se les hubieran muerto sus mismos padres”.

Este increíble documento es parte del gran número de testimonios de participantes y testigos que el P. Ferrufino lleva a Roma junto con el corazón siempre incorrupto, un crucifijo y la capa de plumas del satánico Ñezú. (Este ha perecido miserablemente tras de la larga huida. por siempre derrotado y condenado puesto que la sangre de los mártires afirma la conquista espiritual de toda la región adonde nacerán y llegarán a un glorioso punto, siete grandes pueblos guaraníes, germen de los bellísimos estados sureños del Brasil: *“la terra gaúcha”*).

Demora, sin embargo, 360 años desde 1628, año del martirio hasta 1988

cuando son canonizados por el Santo Padre en el Paraguay los tres mártires de Caaró, Roque el primer gran jefe espiritual nacido en Indias y los dos misioneros españoles que le acompañaron. Es que con la supresión de la Compañía se produjo un largo oscurecimiento con respecto a sus características y cuando por fin se encontraron, recientemente, en el Museo del Vaticano los perdidos documentos del siglo XVII, grandes cambios sociales habían afectado la actitud general con respecto a la gesta fundadora de América.

Cuando en 1969 fui invitada por el R. P. Alberto Ibáñez Padilla a colaborar con el grupo que él dirigía trabajando para promover la canonización de los Beatos Mártires, solicité me fuera permitido ocuparme solamente de Roque González porque, habiendo sido la primera figura americana en el magno conjunto misional jesuítico, me interesaba detenerme en su personalidad histórica. Esto me fue concedido y durante varios años colaboré con el P. Ibáñez organizando concursos infantiles en las parroquias, encargando nuevas imágenes de Roque González al ceramista José María Lanús y al santero de Itá, Cándido Rodríguez, del Paraguay, y participando con la escuela de televisión de la Universidad del Salvador en un audiovisual que el P. Ibáñez tituló "Hombres de América" y fue utilizado para la campaña hasta que la promoción del proceso fue trasladada a la provincia de Misiones.

Pero antes de escribir una obra de más envergadura que las que venía publicando en "La Prensa" y en "Anales de la Sociedad Rural", quise estudiar los ambientes en que se desarrolló la vida del santo, viajando al Paraguay y a Brasil para recoger material y, sobre todo, para saludar al corazón de Roque el que, tras de muchos años de estar expuesto en la capillita de los Beatos en la iglesia del Salvador de Buenos Aires, había sido reclamado por el Paraguay y recibido allá, con honores de jefe de Estado.

A la sazón, me informaron, el corazón se encontraba en la iglesia de los jesuitas a cargo de un padre Oliva.

Pero también quería conocer la historia de Nuestra Señora la Conquistadora que acompañara a Roque González hasta su glorioso fin y me informaron de que el oratorio existía aún en el solar de Garay, propiedad de los Abente Haedo, tradicionalmente mayordomas de la Virgen. Y tuve el privilegio de entrar en esa la más antigua de las casas históricas de Asunción, muy reducida y alterada ya pero conteniendo el cofre en que se guardaran las vestiduras de la Virgen -desaparecidos durante la guerra del Paraguay y las andas de plata hechas en Potosí para sacarla en procesión. Considero que fue providencial que yo conociera y registrara en mi memoria las formas del histórico lugar pues unos años después la casa había tenido que ser abandonada por la familia y fue demolida, con lo cual se perdió una reliquia tremendamente significativa en la arquitectura colonial y en la historia religiosa del Río de la Plata.

La experiencia con el P. Oliva, brevísima, fue de otro signo, característico sin duda del momento por que atravesaba entonces América Latina. Fuimos con la señora Carmen Valdés a la iglesia de los jesuitas un domingo por la tarde cuando se celebraban allí popularmente varios casamientos, según una nueva modalidad. El templo estaba colmado principalmente con personas jóvenes. Junto al altar mayor había un conjunto folklórico y algunas chicas repartían ejemplares con la letra de los cantos para que la grey pudiera seguirlos. Un gesto simpático. Pero, ante nuestro asombro, escuchamos dentro del canto, referencias a una augurada “noche de los cuchillos.” Pedimos un ejemplar de las letras y nos resultaron dignas de la Cuba de Castro. A la salida pedí hablar con el P. Oliva y acudió a atenderme un sacerdote catalán de mirada intensa quien me respondió que, en efecto, él tenía a su cargo la custodia del relicario con el corazón de Roque pero que no era posible rezarle porque todavía no estaba preparado su camarín. Y por su tono, me pareció que no tenía interés en que lo estuviera. Por ninguna parte se veían imágenes ni referencias a este gran Santo nacido en Asunción.

Seguí viaje al Iguazú y al Guayrá, por caminos que en el segundo tramo transcurrían entre aldeas típicamente germanas, polacas, ucranianas, con iglesias de madera de techos muy inclinados y paradores familiares con comida del norte europeo, y llegamos por fin a las cataratas más altas del mundo, escenario en el siglo XVII del primer éxodo de las misiones jesuíticas ante el ataque de los bandeirantes o mamelucos venidos de la costa atlántica. Hoy esas montañas de agua han desaparecido dentro de la gigantesca represa de Itaipú, foco de una población de fuerte signo lusitano.

No así los pueblos al Este, en dirección al Iyuhí, adonde siguiendo los pasos fundacionales fui después, por caminos precarios en ómnibus locales que me depositaron por fin en la terminal de una pujante localidad donde me acogió hospitalariamente una familia yugoslava. Es que tras de la guerra guaraníca y la destrucción de los siete pueblos, su población indígena fue trasladada al sur (a Paysandú. a Maldonado), la región evacuada por los españoles y sólo se volvió a poblar en el siglo XIX con emigrantes del norte de Europa, muchos de ellos germanos, algunos eslavos, de tal manera que cuando llegué en busca de indicios jesuíticos, nadie pareció saber por qué los buscaba allí hasta que un seminarista, convocado por la familia yugoslava, ofreció guiarnos hasta las ruinas de San Miguel, cercanas a Santo Angelo y al Instituto Pestaña donde se estaba armando un museo regional con salas dedicadas a recordar cada grupo étnico de la población. Y allí sí, estaban reuniendo fragmentos de misiones jesuíticas que iban surgiendo del subsuelo. El día de mi llegada acababan de identificar los restos de Candelaria. Sin embargo fue necesario que yo explicara en detalle la vida de Roque González de Santa Cruz, desconocida allí entonces. Señalo este hecho porque resulta

interesante como contraste puesto que desde entonces, es decir, en el último cuarto de siglo, se ha desarrollado un enorme interés por lo jesuítico, sobre todo en la ciudad de Porto Alegre y en el templo cuidadosamente apuntalado de San Miguel, otrora casi olvidado en la maleza y hoy marco de un magno espectáculo de Luz y Sonido.

También en Corrientes, en el Paraguay y en Misiones se multiplican ahora las iglesias, puentes, pabellones, instituciones que llevan el nombre de Roque, el santo más antiguo nacido en Indias -unos diez años antes que Santa Rosa de Lima- y primero en alcanzar el honor de los altares, cuando sus reliquias fueron llevadas a Asunción en 1628, por los caballeros correntinos que la rescataron siguiendo a Don Manuel Cabral de Alpoim.

San Roque González de Santa Cruz, hijo de conquistadores, nacido hace más de cuatrocientos años y olvidado casi tanto, está volviendo hacia nosotros como figura de primera magnitud en la constelación rioplatense, una figura histórica enormemente rica en mensajes para la época coyuntural que estamos atravesando, un tiempo para utopías, si los hay, un tiempo para utopías que el gran santo puede inspirarnos.

Bibliografía principal

Documentos "Causa M. M. Rioplatensium", A. D. MCM XXXII.

Documentación y Bibliografía sobre Los Beatos Mártires Rioplatenses, por Hugo Storni S. J. Roma (En el Cuarto Centenario del nacimiento de Roque González de Santa Cruz, 1976).

"Thomas Fields y su Carta al Propósito General (1601)", por Guillermo Furlong S. J. Casa Pardo, 1971.

"La Misión de Roque" por Virginia Carreño. Ediciones Universidad del Salvador, 1988.

"Conquistadores del Río de la Plata", por R. de Lafuente Machain, 1937, impreso por Sebastián Amorrortu e Hijos, Ayacucho 774, Buenos Aires.

"La Virgen de Asunción y su Oratorio" por R. de Lafuente Machain, 1940. Sebastián Amorrortu. e Hijos, Buenos Aires.

"Evolución urbanística y arquitectónica del Paraguay 1577", Buenos Aires. Departamento de Historia de la Arquitectura. Universidad Nacional del Nordeste, Investigación dirigida por el arquitecto Ramón Gutiérrez.

Cronología de San Alonso Rodríguez

1598- Nace en Zamora, España.

- 1614- Ingresa en la Compañía de Jesús.
1616- Embarca hacia Buenos Aires. Pasa a Córdoba a estudiar filosofía.
1620- Como estudioso de teología, muestra harto ingenio y prudencia.
1624?- Se ordena sacerdote.
1625- Es destinado a la misión entre guaycurúes. Tiene gran dificultad con el lenguaje.
1627- Pasa a Itapúa.
1628- Es destinado a las misiones del Uruguay, acompañando al P. Roque González. El 15 de noviembre de 1628 es martirizado en el Caaró junto con el jefe de la misión.
1988- Canonizado en el Paraguay por el Santo Padre.

Cronología de San Juan del Castillo

- 1596- Nace en Belmonte, España. Estudia en Alcalá.
1614- Ingresa en la Orden.
1616- Llega a Buenos Aires y pasa a Córdoba a seguir estudios de filosofía.
1620- Se revela excelente maestro en el Colegio de Concepción de Chile.
1621- Concluye sus estudios teológicos en Córdoba.
1625- Se ordena sacerdote.
1626- En misión entre los indios, trabaja con celo ardiente en San Nicolás. Es transferido al Iyuhi, a las nuevas reducciones.
1628- El 16 de diciembre es martirizado y muerto, en el mismo levantamiento general de hechiceros iniciado en el Iyuhi que causa la muerte de los tres mártires jesuitas, misioneros en la provincia de! Paraguay.
1988- Es canonizado por el Santo Padre en el Paraguay.

Cronología de San Roque Gonzalez de Santa Cruz

- 1576- Nace en Asunción, hijo de un conquistador y fundador.
1600- Es ordenado por el Obispo Trejo y Sanabria que se encuentra en el Paraguay en visita desde Córdoba.
1602- Enseña en la Catedral catecismo a los niños españoles. Siente fervor por Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, ahí entronizada. Tiene lugar en Asunción un sínodo que libera el lenguaje de la evangelización.
1609- Ingresa en la Compañía de Jesús y le dona su chacra de Tacumbí con catorce o quince mil cepas de viña. Con el P. Griffi introduce la música en el Chaco.
1610- Informa sobre la peste que nuevamente asuela a la región y sus visitas a los guaycurúes. Dice de él el P. González Holguín: "Sólo al P. Roque ha guardado Dios para muchos servicios suyos que ha acudido con gran presencia,

caridad y obediencia a todos los enfermos”.

1612- Levantamiento del vecindario de Asunción contra los jesuitas a causa de las ordenanzas de Alfaro que liberan (parcialmente) a los aborígenes.

1613- Tras de dos años de doctrina entre los guaycurúes, está en la provincia de Paraná. Escribe desde San Ignacio.

1614- Dirige la reducción y pueblo con el P. Francisco del Valle “hombres de muy buena suficiencia, virtud, letras y lenguaje”. Había en esa reducción más de 1.500 personas “y cada día se van reduciendo más”.

1615- Desde el Colegio de Asunción, certifica los buenos servicios del capitán Francisco Vallejos, quien auxilió a los misioneros franciscanos y jesuitas, indefensos en esa inmensidad.

1616- El general Muzio Vitelleschi indica desde Roma que Roque puede ser recibido en el grado de Coadjutor Espiritual.

1617- Desde Santa Fe, el gobernador Hernandarias escribe a Roque dando mil gracias al Señor “porque lo que no habían podido las armas de los soldados lo había allanado y conquistado el Santo Evangelio”.

1618- En Itapúa -germen de Posadas- fundada por Roque, el maestro Berger enseña pintura a los indios.

1619- En Itapúa. Roque hace profesión de tres votos.

1620- Parte al Uruguay (los Tapes Orientales). Informa desde Iaguapoa.

1626- Navega a Buenos Aires relevando los ríos. Céspedes, gobernador, confía a los jesuitas la evangelización de la provincia del Uruguay.

1627- Roque es superior de las misiones del Paraná. Probablemente ese año funda la Candelaria.

1628- El P. Antonio Ruiz de Montoya envía a Roque tres quintales de cuñas para la fundación. (Son uñas de hierro). “Por falta de cuñas en el Caarón estaban ya reducidos más de 500 indios”. El día en que San Roque escribe es muerto en el Iyuhí, y esto es seguido por el martirio de sus dos compañeros: Juan del Castillo y Alonso Rodríguez.

El 23 de diciembre se reciben en Asunción las reliquias de los tres mártires. Se inicia el proceso de canonización, recogándose los testimonios y pruebas de milagros.

1631- Informa el Cabildo Eclesiástico al virrey del Perú “con gravísimas contradicciones, trabajos, hambres y fatigas. Roque fundó seis reducciones de indios. Y en la última, que fue la del Caaró, alcanzó la palma del martirio con otros dos padres y con sus merecimientos facilitó la conversión de tantos millares de almas en 20 reducciones muy numerosas de la Compañía de Jesús”.

1988- Es canonizado en el Paraguay por el Santo Padre.